

Desigualdad y exclusión

Obstáculos para una buena vida en el Ecuador

La desaparición de una cultura puede ser tanto o más grave que la desaparición de una especie animal o vegetal. La imposición de un estilo hegemónico de vida ligado a un modo de producción puede ser tan dañina como la alteración de los ecosistemas.¹

La desigualdad y la exclusión, tanto internacional, interregional y entre Estados-nación, así como al interior de las sociedades, constituyen las principales problemáticas y características que han acompañado la historia de la modernización capitalista y su propuesta asociada de desarrollo. América Latina y Ecuador forman parte de dichos sistemas de desigualdad y exclusión en el plano internacional, con un rol periférico dentro de esa dinámica global. Pero se manifiesta también al interior de sus sociedades como obstáculos para una buena vida. Todo ello exige pensar alternativas complejas para su superación.

Una desigualdad que, tal cual afirma el plural que le damos, no son únicamente económicas ni cuantitativas; por el contrario, se emboscan en lo social y lo cultural, en lo cualitativo y psicológico, producto de procesos complejos que pasan por la dominación, la exclusión, la invisibilización, el no reconocimiento, entre muchos otros, y que afecta a diferentes ámbitos de la vida. Existe en ese sentido un debate importante sobre su conceptualización. Referirse a las desigualdades y a la pobreza nos exige superar la visión economicista reductivista y comprender su dinámica sociocultural. Son importantes los debates y avances en los últimos años de la mano de Sen, Max Neef, Elizalde, Escobar e incluso Piketty, para lograr dimensionar en toda su complejidad y profundidad estos conceptos y, desde esa mirada, poder avanzar en una comprensión más profunda sobre sus implicaciones y manifestaciones. Sirva como ejemplo de esa visión amplia que buscamos la reflexión en

José Astudillo Banegas y Pablo Paño Yáñez son profesores de la Universidad de Cuenca (Ecuador)

¹ Papa Francisco, *Laudato Si'*, Centro Salesiano de Publicaciones, Quito, 2015, p.114.

torno a estos hechos para territorios excolonias como América Latina, donde la desigualdad y la exclusión se entroncan y toman expresiones y versiones muy diferentes a las de Europa y los Estados Unidos.

Analizaremos esta problemática compleja de la desigualdad en dos grandes apartados. Por una parte, su expresión conceptual y sociohistórica a nivel internacional, especialmente en Occidente como motor de esos procesos históricos y núcleo causal de gran parte de unos resultados que genera fuera de ella. Por otra, profundizaremos en su expresión específica en América Latina, como confluencia del impacto externo y los resultados sociales que provoca dentro de sus sociedades altamente desiguales y excluyentes. Se concluye analizando la realidad del Ecuador, un país altamente desigual y excluyente a pesar de las políticas progresistas implementadas hace una década.

Referirse a las desigualdades y a la pobreza nos exige superar la visión economicista reductivista y comprender su dinámica sociocultural

Cabe plantear una primera pregunta central: ¿ha logrado el desarrollo en sus distintos modelos asociados a la cultura occidental disminuir la desigualdad en América Latina? Como primera aproximación a esta cuestión, cabe señalar que ese desarrollo ha sido el gran mecanismo y argumento de la modernización capitalista, e intrínsecamente asociado a él han venido ciertas agudizaciones de la desigualdad y la exclusión tanto a nivel internacional como al interior de sus sociedades.

La desigualdad y la exclusión son mecanismos propios del sistema de desarrollo capitalista que se presentan como obstáculos para la construcción de un sistema donde emerjan condiciones para una buena vida, pues ésta requiere de una nueva estructura inclusiva y equitativa. Una buena vida necesita políticas enfocadas al desenvolvimiento humano y al respeto de la naturaleza que hagan prevalecer la justicia, el respeto al otro y a su forma de vida. Por el contrario, lo que obstaculiza la buena vida tiene que ver con la acumulación de recursos y capitales en pocas manos, así como con el racismo y el dominio cultural implementados por un capitalismo colonial heredado hasta la actualidad.

La complejidad de la desigualdad y la pobreza

El primer gran acercamiento a la desigualdad, en un intento de comprensión y denuncia como problemática social, sin duda lo protagoniza Marx con su crítica a la Economía política y al capitalismo de la época. Desde su intento por definir el capital como concepto multicom-

plejo (en la medida que es dinero pero también relaciones dinámicas asociadas a su movimiento), aterriza con gran agudeza en el plusvalor (o plusvalía) como concepto explicativo central de la desigualdad.

El capital obtiene sus beneficios del trabajo ajeno que no remunera (trabajo enajenado), y ello es la fuente fundamental tanto de su crecimiento permanente como del enriquecimiento de los sectores capitalistas sobre los trabajadores. Como señala Dussel, «ese plusvalor es, en definitiva, trabajo vivo objetivado impagado».² Esta extracción no remunerada no solo no se distribuye de forma justa sino que, a la vez, en la medida en que no se paga, empobrece al trabajador que obtiene solo una parte limitada de lo producido con su trabajo. En este sentido, la contradicción originaria fundamental del capitalismo se puede sintetizar en la dinámica entre el trabajo vivo del pobre respecto al dinero acumulado por el rico. En la sociedad capitalista, la desigualdad se funda en el fenómeno de la explotación de la fuerza de trabajo por el capital. Marx llega a esta conclusión en la segunda mitad del siglo XIX estableciendo así las líneas sobre las que investigar la desigualdad.

Más de un siglo después, autores como Piketty han recogido algunos elementos del planteamiento de Marx para abordar el estudio de la desigualdad desde una óptica diferente. El objetivo de este autor es precisamente el que nos ocupa: el examen de la desigualdad tratando de retornarla al centro del análisis económico que tanto se ha alejado de ella convirtiéndola en un fenómeno natural no tratado por la economía. Sin duda, la desigualdad también tiene una dimensión política, pero desde la comprensión de su comportamiento con base en la economía se puede corregir mejor su manifestación.

Piketty reconoce que la pugna por el producto social entre salarios y beneficios es la principal manifestación del conflicto distributivo. A partir de un extenso número de estudios empíricos, señala además que el problema no se limita al conflicto entre capital y trabajo, sino que se traduce también en la desproporción del crecimiento del capital respecto al propio crecimiento global de la economía. Los datos arrojan resultados indiscutibles: cuando la tasa de retorno de la inversión en capital es mayor que la tasa de crecimiento económico en el largo plazo, el resultado es una mayor concentración de la riqueza y un incremento de la desigualdad. Por tanto, el capital puede crecer por sí mismo (la financiarización sería el ejemplo más presente y radical) más allá de que exista o no crecimiento económico, lo que tiene graves implicaciones en términos de relaciones sociales cada vez más desiguales.

Asimismo demuestra que parte importante de esa concentración de la riqueza se explica por la relevancia que aún mantiene la herencia, cuyos efectos acumulativos operan como un mecanismo reproductor de la desigualdad. Piketty nos recuerda que con la modernidad

² E. Dussel, *16 tesis de economía política. Interpretación filosófica*, Siglo XXI, México, 2014, p. 114.

se asentó la creencia de que el trabajo desplazaría a la herencia como mecanismo de ascenso socioeconómico, cuestión que podemos comprobar que no ha acontecido. Con su tesis apunta a la idea de que políticamente estas situaciones se deben regular ya que no acontecen de forma natural, y que la apuesta por la meritocracia como expresión del premio al trabajo es la vía de superación de esa dinámica desigual. Tal cual lo expresa el propio autor, propone como objetivo «retomar el control del capitalismo y de los intereses privados en favor de la democracia y el interés general rechazando repliegues proteccionistas y nacionalistas».³

Pese a la contundencia de los datos analizados e interpretados por Piketty, todavía existe un debate necesario respecto a cómo conceptualizar, medir y valorar la desigualdad. El propio autor se manifiesta crítico con algunos indicadores, como el coeficiente Gini, que califica de excesivamente sintéticos y poco aptos para reflejar con amplitud todas las dimensiones de la desigualdad. Este rasgo de multidimensionalidad, y la propia reivindicación de Piketty de los incentivos para el trabajo y la educación, nos acercan a una manera de evaluar la desigualdad más comprensiva en toda su complejidad.

Con la modernidad se asentó la creencia de que el trabajo desplazaría a la herencia como mecanismo de ascenso socioeconómico

Ello nos adentra en diversas propuestas que han sido realizadas especialmente desde países del Sur. Los estudios de Amartya Sen sobre la India y otros países periféricos del sistema capitalista o propuestas como las de Max Neef, Elizalde y Hopenhayn desde América Latina, permiten visualizar ese carácter multidimensional y multicomplejo de la desigualdad (y, con ello, también de la pobreza y la riqueza) con el que evitar visiones economicistas tendenciosas y reduccionistas en la búsqueda de vías para su superación.

De la misma manera que el desarrollo ha sido equiparado al crecimiento económico, con demasiada frecuencia nos encontramos también con que la renta es considerada el único factor explicativo de la desigualdad y la pobreza. Esta visión simplificadora no solo resta capacidad para comprender su dinámica en profundidad, sino que también impide acertar con las políticas orientadas a su prevención y superación. Pese a la enorme influencia que ejercen estas concepciones, todavía en plena vigencia a través de las políticas públicas y los enfoques teóricos que las sustentan, hay que reconocer que cada vez son más los que contemplan la multidimensionalidad de estos fenómenos.

³ T. Piketty, *El capital del siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2014, p. 15.

Amartya Sen es categórico al respecto: comprender en mayor medida la desigualdad y la pobreza pasa por valorar no solo la renta sino también las capacidades básicas y sus privaciones en las personas. La renta es un medio, en la medida en que tiene un carácter instrumental, pero las capacidades son un fin. La pobreza no es mera falta de ingresos sino fundamentalmente una privación de capacidades y libertades. Por tanto, para abordarla se hace fundamental contrastar la perspectiva de la renta con la de las capacidades.

Según Sen, ciertos indicadores –como longevidad, calidad de vida, bienestar, libertad, etc.– muestran las capacidades de las personas. En su análisis de la desigualdad, va desgranando diversos factores que determinan la privación de capacidades según los contextos: edad, sexo, papeles sociales, situación epidemiológica, lugar, acceso al empleo, discriminación sexual o racial, como ejemplo de algunos de ellos. Los contextos sociales y culturales suelen resultar determinantes en la gestión de estas privaciones y, por tanto, Sen nos acerca a una visión de la desigualdad que no es puramente económica (ni tan siquiera política). Asimismo, la concepción relacional de las personas (en lo que se refiere a la interacción entre grupos y sectores sociales) también aporta otra clave fundamental. Todo ello guarda una clara articulación con la propuesta de Montreal sobre la necesidad de explicar «la pobreza como resultado de la acción conjunta de clase, género y sistema de relaciones raciales, y la dinámica de interacción de los sistemas de explotación, subordinación y dominación».⁴ Por ello que la pobreza no es, en absoluto, indiscriminada y tiene claramente unas dimensiones raciales, de género y edad.

Enfatizar que la pobreza y la desigualdad no se expresa únicamente en términos de renta no significa negar su relevancia, sino que tiene que ver, más bien, con situar correctamente la problemática. Una persona o grupo con muy bajo ingreso económico estará en mayor riesgo de privaciones de capacidades, pero esa falta de ingreso no es en absoluto el único factor determinante. Es más, el propio Sen nos advierte que la pobreza real contemplada desde esta visión multidimensional suele ser mucho mayor que la que se expresa cuando únicamente se tiene en cuenta la renta.

Conviene a estas alturas precisar los conceptos de desigualdad y pobreza que, aunque profundamente interrelacionados, tienen significados y expresiones diferentes. Podemos referirnos a sociedades empobrecidas pero donde no existe mayor desigualdad en su seno. La desigualdad casi siempre implicará pobreza y riqueza y, por tanto, de alguna manera las engloba y genera. Recogiendo la propuesta de Sen, pobreza y riqueza se explicarán en términos de privaciones y libertades, mientras que la desigualdad se corresponde con la dinámica que impide una distribución más equitativa de aquellos recursos que permitan afrontar las necesidades y desarrollar las libertades.

⁴ P. Monreal, *Antropología y pobreza urbana*, Los libros de la Catarata, Madrid, 1996, p. 112.

Aunque desde otra perspectiva, autores como Max Neef, Elizalde y Hopenhayn convergen con Sen en esta visión compleja de la desigualdad y la pobreza. Estos autores identifican un cuadro de necesidades humanas que serían similares para todas las sociedades a pesar de sus diversidades socioculturales (según categorías axiológicas: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad; que, en términos existenciales, se manifestarían en cuatro planos: ser, tener, hacer y estar). También se refieren a los satisfactores de esas necesidades, que pueden variar ampliamente según las sociedades y los momentos históricos. Las personas tienen necesidades múltiples e interdependientes, por ello las necesidades deben entenderse como un sistema en que las mismas se interrelacionan e interactúan. Las necesidades son finitas, pocas y clasificables, y son las mismas en todas las culturas y en todos los períodos históricos. Los satisfactores cumplen una función frente a una necesidad sentida, y una necesidad puede requerir de diversos satisfactores para ser satisfecha. Los bienes económicos, a su vez, pueden afectar solo a un satisfactor, de ahí que, según estos autores, «el desarrollo no se centra solo en lo económico, sino en la interrelación entre satisfactores, necesidades y bienes económicos, que desde su dialéctica histórica, están en permanente dinámica en cada sociedad».⁵

La desigualdad económica y la exclusión sociocultural de la periferia

La pregunta sobre la permanencia y reproducción de las desigualdades en una sociedad, y en mucha mayor medida si nos referimos a una sociedad periférica impactada por el capitalismo global, nos introduce en la comprensión de los sistemas socioeconómicos que las generan. En ese sentido, resulta fundamental la contradicción entre los principios modernos de emancipación y los de regulación (que tratan de regir la desigualdad y la exclusión que el modelo capitalista produce). Ante un predominio evidente de los elementos de regulación frente a los de emancipación, ha sido el Estado moderno quien ha asumido mantener la cohesión en sociedades atravesadas por estos sistemas de desigualdad y exclusión capitalista. Ambos sistemas conviven y se articulan como sistemas jerárquicos de regulación e integración social. Mientras la desigualdad opera en un campo socioeconómico, la exclusión es principalmente de tipo sociocultural.

La desigualdad marca la integración al sistema según relaciones de subordinación que son indispensables para el funcionamiento social; en las relaciones de exclusión se pertenece al sistema por la forma en cómo se es excluido. Aunque resulte paradójico ambos reposan en principios emancipatorios de la modernidad; el primero en el principio de la igualdad, mientras el de exclusión en el de la diferencia. Respecto a la desigualdad, el Estado

⁵ M. Max Neef et al, *Desarrollo a escala humana*, Nordan-Icaria, Barcelona, 1998, p. 67.

asume la función de mantenerla dentro de unos límites viables; con respecto a la «exclusión, su función [del Estado] es la de distinguir entre las diferentes formas aquellas que deben ser objeto de asimilación o, por el contrario, objeto de segregación, expulsión o exterminio»;⁶ es significativo constatar cómo el Estado moderno capitalista se esfuerza en regular ambos sistemas dentro de unos límites controlables, pero en ningún caso ha aspirado a eliminarlos. Para definir sus límites visualizamos la esclavitud como extremo de la desigualdad, frente al exterminio respecto a los sistemas de exclusión.

**El desarrollo no se centra solo en lo económico,
sino en la interrelación entre satisfactores,
necesidades y bienes económicos**

Atendiendo al fenómeno de la exclusión cabe constatar lo siguiente: no solo se produce un traspaso de grupos sociales desde el sistema de desigualdad hacia el de exclusión, sino que se inauguran otras nuevas. Bajo esta lógica cada vez son más las «diversas culturas que no son valorizables en el mercado cultural mundial»,⁷ porque no se dejan apropiar o porque su apropiación no resulta de interés para la globalización hegemónica. Frente a ello, en las últimas décadas se han intensificado las luchas de grupos excluidos con identidades culturales bien marcadas que ahora logran alzar su voz. En muchas ocasiones estas luchas son contempladas desde una lógica posmoderna, que apoyada en la tesis multicultural que exalta la indiferencia, no promueve suficientemente dinámicas de reconocimiento y que prescinde sistemáticamente de sus saberes.

Procesos de exclusión y desigualdad en América Latina

La conquista, colonización y vinculación del continente americano al sistema-mundo guarda estricta relación con los niveles de desigualdad alcanzados en el interior de estos países. Las diferencias entre ellos no pueden ocultar el hecho común de que la totalidad de los países latinoamericanos se encuentran entre los más desiguales del mundo. Conviene interpretar este hecho como una característica estructural del desarrollo que han experimentado desde el inicio de su colonización.

Diversos autores tratan de reflejar el alto impacto y grado de desencuentro entre las culturas originarias americanas, y los españoles y portugueses que protagonizaron la

⁶ B. Santos, *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Trotta, Madrid, p. 137.

⁷ *Ibidem*, p. 153.

conquista. Todorov resalta el choque cultural, de lógicas, de cosmovisiones, de ecosistemas que se ponen violentamente en contacto como consecuencia de la conquista. Resulta relevante comprobar cómo rápidamente se articulan desigualdad y exclusión en esa etapa de primera modernidad. El indígena es sometido e inmediatamente explotado para los fines de los países centrales, a la vez que surgen discursos que justifican cultural y religiosamente su exclusión; una categorización que resalta que el indígena estaría «a mitad de camino entre los animales y los hombres»,⁸ similar a aquella que dudaba de su humanidad, de si tenían alma, de si eran seres salvajes u otros argumentos que, basados en la exaltación de la diferencia, pretendieron y lograron justificar su dominación y exclusión.

El racismo, como forma de combinación de mecanismos de desigualdad y exclusión, se convertiría en el sistema regente de la sociedad americana colonial, con un fuerte arraigo sociocultural en las sociedades latinoamericanas actuales. La jerarquización y la división social del trabajo bajo relaciones de subordinación fue la manera de integrar a los nativos en la colonia.

La conquista, colonización y vinculación del continente americano al sistema-mundo guarda estricta relación con los niveles de desigualdad alcanzados en el interior de estos países

En las dinámicas de exclusión se recurrió a la jerarquía de razas que establecía a la blanca como la superior. Ello derivará en la ordenación racial de la sociedad americana: en un extremo, las élites blancas que detentan el poder; en el otro, los indígenas y afrodescendientes. De la combinación de ambos extremos, irán surgiendo los nuevos grupos raciales ya producto de la mezcla física y cultural: mestizos, mulatos, zambos, criollos y un sinnúmero de categorías y gradaciones intermedias según la coloración de su piel y rasgos al interior de sus sociedades.

En el caso del racismo, es muy relevante tratar de diferenciar los planos socioeconómicos y socioculturales de la desigualdad y la exclusión para ver cómo se relacionan y refuerzan entre sí. A grandes rasgos, los grupos que se sitúan en la cima de la pirámide social serán los blancos, los criollos y algunos sectores mestizos. En términos de clase, son las oligarquías las que, en el proceso de colonización y posteriormente también tras la independencia, se hacen con el control de la propiedad y la economía. La nueva ordenación socioeconómica se forjará a partir del despojo material a los pueblos indígenas y la adaptación de la economía productiva a la demanda capitalista mundial.

⁸ T. Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, S. XXI, México, 2007, p. 157.

La ordenación de la desigualdad aparece totalmente encadenada a la situación de exclusión. Y es que la conformación de clases durante la América colonial tiene un carácter claramente racial. Por tanto, los procesos de empobrecimiento no solo supusieron un despojo económico-material sino también un *no reconocimiento* de la diversidad y heterogeneidad que realmente existía. Se plasman, pues, situaciones de doble subordinación que son explicación fundamental del profundo arraigo de la desigualdad y exclusión en las sociedades latinoamericanas.

Cabe resaltar este último aspecto: el profundo arraigo de esas lógicas de desigualdad y exclusión en el seno de las sociedades y mentalidad americanas. Se materializan en dinámicas de *negación del otro* que marcan las relaciones entre los diferentes sectores socio-raciales de América Latina. En este sentido, Calderón, Hopenhayn y Ottone se han referido a la articulación de una «dialéctica de la exclusión», que impera en el continente desde el siglo XIX con la modernización, con una «dialéctica de la negación», presente desde la conquista y la evangelización.⁹

Estas circunstancias históricas han impuesto una «dinámica de no reconocimiento» de distintos sectores sociales (la mujer, el indígena, el negro, el campesino, el marginal...) que condiciona y prefigura el mecanismo para ascender en la escala social y obtener cierta valoración social. Las independencias en América Latina harán desaparecer formalmente condiciones de extrema desigualdad (como la esclavitud), para pasar presuntamente a una ordenación por clases sociales que obedecían a lógicas puramente socioeconómicas. Sin embargo, hasta la actualidad ambos elementos siguen articulados en la mentalidad colectiva y combinándose con nuevas explotaciones y discriminaciones de la modernización más contemporánea, constituyendo un fuerte obstáculo sociocultural para la superación de discriminaciones y desigualdades. Impactos de esa modernización, como la monetarización,¹⁰ el trabajo asalariado, la adaptación productiva hacia la exportación, y consecuencias relacionadas con ellas, como la migración campo-ciudad –todas ellas de la mano del concepto de desarrollo y los esfuerzos por lograrlo– han contribuido a mantener, e incluso ampliar, la desigualdad y la exclusión en el interior de los países.

El desarrollo desigual de América Latina

La modernización, por la vía de la industrialización, no se consolidó nunca en América Latina, debido a que se han mantenido las relaciones desiguales derivadas de la división

⁹ F. Calderón, M. Hopenhayn y E. Ottone, *Hacia una perspectiva crítica de la modernidad: Las dimensiones culturales de la transformación productiva con equidad*, CEPAL, Santiago de Chile, 1993.

¹⁰ C. Cousiño y E. Valenzuela, «Politización y monetarización en América Latina», *Cuadernos del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile*, Santiago de Chile, 1994.

internacional del trabajo. La manufactura sigue siendo un rol destinado a los países centrales y, como puede observarse en el siguiente cuadro, América Latina ha visto descender la participación del sector en su PIB en las últimas décadas.

Participación manufacturera de América Latina en el PIB: 1992 - 2012

Año	Argentina	Bolivia	Brasil	Chile	Colombia	Costa Rica	Ecuador	México	Perú	Venezuela	América Latina 10 países
1992	23.9	11.7	16.4	16.0	15.5	18.1	14.2	16.5	15.5	16.9	16.9
2001	19.9	11.5	15.3	13.4	13.7	18.4	15.2	17.2	14.6	14.9	16.0
2012	20.6	11.7	13.0	11.9	12.0	18.0	13.8	15.7	13.8	12.3	14.4

Elaboración propia a partir de: CEPALSTAT, 2014.

No se han dado modificaciones sustanciales de la posición de la región en el marco del sistema capitalista mundial que permitan hablar de una superación de la orientación primario exportadora de sus economías hacia un perfil productor de manufacturas y tecnologías.

Por otro lado, la inversión social realizada en los países de la región en las últimas décadas no está asociada a un cambio productivo, sino a un crecimiento en la demanda de productos primarios como consecuencia de la rápida expansión de la economía china y otros países emergentes:

«El crecimiento sostenido en el ingreso por habitante de América Latina entre 2004 y 2013 (2,7% anual) ha sido impulsado principalmente por la expansión de las exportaciones de minerales, combustibles y alimentos y una mejora substancial en la relación de intercambio. El contexto internacional que permitió este escenario se articuló principalmente por la rápida expansión de la economía china y otros países emergentes. A partir de la crisis financiera internacional desde 2007-2008 y de la crisis del euro en Europa desde 2011, declina el crecimiento de la economía mundial y en particular el de China que pasa de una tasa promedio de crecimiento de 12% entre 2004 y 2007 a 7,8% en 2012, con una proyección de 7,5% para 2014».¹¹

La reducción de la pobreza en los países de América Latina durante el periodo 2003-2012 se explica en un 68% por el crecimiento económico de China y de algunos otros países emergentes, y el 32% restante se debe a las condiciones de los prestamistas que realizan

¹¹ C. Larrea, «Políticas Sociales y Cambio Social en América Latina y la región andina: Alcances y perspectivas», UASB-DIGITAL [en línea], 2014, p. 25, disponible en: <http://repositorionew.uasb.edu.ec/bitstream/10644/3768/1/Larrea,%20C-CON-017-Políticas.pdf>

transferencias monetarias que determinan las políticas sociales redistributivas, la inversión en educación, en salud y seguridad social.¹² Por otro lado, «América Latina ha debilitado su producción de manufacturas y alimentos para el mercado interno, no ha mejorado su productividad y ha diversificado poco su economía, tornándose más vulnerable a eventos internacionales adversos».¹³

El escenario actual se caracteriza por un crecimiento menor de la economía China y de los países centrales. Este cambio no solo está poniendo en riesgo los avances sociales, sino que está revelando su alta dependencia de la coyuntura internacional.

Un Ecuador que surge desde la desigualdad

«En este país se puede encontrar tantos ricos como los daneses, así como la pobreza del África subsahariana».¹⁴ Son palabras del presidente Rafael Correa que revelan que el Ecuador está marcado por la desigualdad desde sus inicios como país dependiente, pues las repúblicas de la periferia se constituyeron en torno a la dependencia del capital industrial de los países centrales.

El Ecuador se integra al sistema capitalista, en condiciones de desigualdad. Desde que el capital comercial evoluciona en imperialismo capitalista, y avanza hacia «la civilización de la desigualdad»,¹⁵ la vinculación se da a través de una modalidad primario exportadora con la producción de Cacao a fines del siglo XIX; la “pepa de oro” muy apreciada y demandada en el mercado internacional, fundamentalmente en Europa. La producción de cacao entra en crisis durante la Primera Guerra Mundial y el Ecuador pasa a depender del mercado de los Estados Unidos, pues el eje capitalista cambia de Inglaterra hacia los Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial, se produce banano, para reincorporarse al mercado capitalista, producto que benefició la acumulación de capital en pocas manos. Como afirma Carlos Larrea, citado por Alberto Acosta: *La United Fruit, la Standard Fruit*, de procedencia norteamericana, junto a la compañía *Bananera Noboa* de procedencia ecuatoriana, en 1964 concentraban el 50% de las exportaciones. Esto da paso a la consolidación de una burguesía asentada fundamentalmente en la costa ecuatoriana.

En la década de los años setenta la explotación de pozos petroleros configura en el Ecuador lo que Acosta llamará más tarde «la maldición de la abundancia»,¹⁶ donde se con-

¹² *Ibidem*, p. 25.

¹³ *Ibidem*, p. 26.

¹⁴ Discurso del presidente Rafael Correa en la Sabatina del 2 de abril del 2016.

¹⁵ J. Schumpeter, en A. Acosta, *Breve historia económica del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito, 2012, p. 76.

¹⁶ A. Acosta, *op. cit.*, p. 76.

solida el modelo primario exportador y rentista –el mismo que está sujeto al comportamiento financiero a nivel internacional– tanto así, que la dependencia logra su máxima expresión con la dolarización que el país adopta en el año 2000, «la cual implica una adopción entusiasta de una moneda extranjera, el dólar, y la renuncia a la moneda nacional».¹⁷ La dolarización representa la incapacidad para resolver los problemas internos de la nación de una manera autónoma y la vinculación permanente al capital monopólico por parte de las clases ricas del Ecuador.

El repunte de la desigualdad se debe fundamentalmente a la crisis de China, el descenso de los precios de petróleo y la poca participación del Ecuador en el mercado internacional

Desde un análisis histórico-estructural, se puede observar que el patrón de acumulación y concentración de la riqueza ha provocado que el conjunto de la economía ecuatoriana esté manejado por pequeños grupos económicos de la costa y la sierra quienes, vinculando al país al capital internacional, han usufructuado de la venta de sus recursos primarios.

Se esperó que con el nuevo Gobierno de la revolución ciudadana el modelo primario exportador cambiara. Sin embargo, lo que se experimenta es una reprimarización de la economía: las «exportaciones de productos primarios [representan] casi el 81% del valor total (de las cuales más de 56 puntos corresponden a las exportaciones petroleras), frente al 19% de las exportaciones industrializadas (datos de 2013)».¹⁸ Esta reprimarización llevó al Ecuador a una mayor incorporación al mercado mundial y a un aumento de sus ingresos por la venta de las materias primas, pero sin alterar las condiciones de dependencia y desigualdad.

La desigualdad, medida por el índice Gini (indicador limitado para medir la reducción de la brecha entre los más ricos y los pobres), refleja un repunte en los últimos años:

«En efecto, el coeficiente de Gini de la desigualdad de ingresos se mantuvo ligeramente por encima de 0,50 durante los noventa (llegando a un pico de 0,60 en 1999 año en el que estalló la crisis financiera), siguió entre 0,52 y 0,55 durante la primera década del 2000, para bajar a partir del 2008 hasta llegar a 0,47 en 2011, momento en que empezó nuevamente a repuntar (0,48 en 2013)».¹⁹

¹⁷ *Ibidem*, p. 30.

¹⁸ R. Domínguez y C. Sara, «Cambio estructural y trampa de renta media en Ecuador», *Pre-Textos para el Debate*, núm. 4, 2014, p. 44.

¹⁹ *Ibidem*, p. 33.

El repunte de la desigualdad se debe fundamentalmente a la crisis de China, el descenso de los precios de petróleo y la poca participación del Ecuador en el mercado internacional a través de manufacturas, así como a las ganancias concentradas en pocos grupos económicos. El monopolio comercial se evidencia en la medida que, el «95,81% de la ventas a nivel nacional se concentran en el 10% del total de empresas; es más, el 90% de las ventas se concentran en el 1% de las empresas».²⁰ En el tema de concentración financiera se puede observar que, durante el «período 2007-2009 (durante el gobierno de Correa) fue 70% superior al período 2004-2006 (gobiernos neoliberales)».²¹

El gasto social y la inversión del gobierno de Rafael Correa están vinculados fundamentalmente a la renta petrolera, pues en su mandato se «logró ingresar un promedio de 326 millones de dólares mensuales, mientras que el promedio de todos los gobiernos anteriores, de Roldós a Palacio, fueron de 100 millones mensuales»;²² es decir, que en la administración actual los ingresos petroleros mensuales se triplicaron. Esto permitió elevar el gasto público, ensanchar el Estado para generar empleo, beneficiar a los sectores pobres a través de bonos y elevar, en general, el nivel de consumo de la población, lo que permitió, a su vez, generar un imaginario de bienestar entre los ecuatorianos.

Exclusión y racismo en el Ecuador

Como se ha comentado, la desigualdad funciona más en el campo socioeconómico y la exclusión en plano sociocultural. En el Ecuador la exclusión es un proceso permanente entre diferentes grupos, regiones (entre la costa y la sierra), y se muestra fundamentalmente en la segregación, exclusión y aniquilamiento lento de la población indígena. Enrique Ayala Mora se refiere al surgimiento del Ecuador como nación destacando que «la naciente República nació sobre bases de explotación económica-social y étnica de los indígenas».²³

El regionalismo llevó al desarrollo de la riqueza y la distribución de los ingresos en dos ciudades concentradoras del crecimiento, generando un Estado bicéfalo con una capital político-económica formalmente constituida en la serranía, Quito, y otra ciudad que históricamente representa al sector industrial agroexportador en la costa, Guayaquil, la misma que políticamente representa el principal contrapeso del poder constituido. La exclusión opera aquí a través de los intereses de grupos oligárquicos de ambas regiones y la segregación total del indigenado, como expresa Heráclito Bonilla: «no había en el Ecuador nada que

²⁰ A. Acosta, *op. cit.*, p. 338.

²¹ *Ibidem*, p. 339.

²² M. Ruiz, *op. cit.*, p. 95.

²³ Citado por A. Acosta, *op. cit.*, p. 50.

podiera ligar a un comerciante guayaquileño o a un terrateniente quiteño con un “indio sumido en la miseria: ni su historia, ni sus valores, ni sus ideales”». ²⁴

El indígena fue considerado un obstáculo para el desarrollo capitalista, pues no entraba en los cánones occidentales de producir para el mercado, ser objeto de consumo y participar en la sociedad. Quedó abandonado a su suerte, solo con su mano de obra disponible para ser vendida y explotada. Como afirma Emilio María Terán, en las primeras décadas de la vida republicana, se lamentaban de la presencia del indígena, entre ellos el coronel Ricardo Wrigth que atribuía el estancamiento del desarrollo industrial en la república a la presencia de una población «compuesta de indios no consumidores, cuyo principal alimento se reduce a maíz pelado, y su vestido de una frazada tosca». ²⁵

Obnubilado por el desarrollo del capitalismo industrial y carente de una idea propia de desarrollo, dependientes del capitalismo internacional sin identidad, el coronel Wrigth y las oligarquías importadoras de productos elaborados y explotadoras de los recursos naturales para venderlas como materias primas a los países centrales manufactureros, defendían “su razón”. Pues, para ellos, la identidad indígena era un obstáculo para la economía.

El racismo al que Quijano hace alusión como uno de los rezagos fundamentales del pensamiento colonial que impide el desarrollo de los pueblos es otro elemento que excluye y autoexcluye a la población ecuatoriana. A inicios del siglo XX, en el año 1939, el exdictador Federico Páez expresaba lo siguiente:

«El Ecuador necesita más que ningún otro país de América, la inmigración de capital extranjero, y de hombres de raza blanca (...) Mientras gentes torpes o de mala fe que no quieran dejar de ser caciques de pueblo combatan al blanco y al capital extranjero, el Ecuador seguirá yaciendo en la miseria y el oscurantismo. Solo la inmigración europea en gran escala, puede engrandecernos (...) La independencia, la República, solo se debe a los blancos y descendientes de los blancos. Los indios no son sino una rémora a todo progreso; y lo propio son quienes aun cuando racialmente blancos, tienen mentalidades de indios». ²⁶

Estas posiciones racistas han servido para que la pobreza se mantenga en el área rural y en las áreas urbanas marginales. Según datos del INEC ²⁷ de Junio del 2014, la pobreza en el área rural está en un 41%, en las áreas urbanas de las ciudades (en las afueras de Quito, Guayaquil, Cuenca, Machala, Ambato) en un 21,71%, y es en el área rural donde está fundamentalmente la población mestiza que carece de recursos y las nacionalidades indígenas (en un 41,69%).

²⁴ *Ibidem*, p. 31.

²⁵ *Ibidem*, p. 40.

²⁶ *Ibidem*, p. 41.

²⁷ Instituto Nacional de Estadística y Censos [en línea], disponible en: <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/>.

La pobreza en la ciudad de Quito representa el 7,23%, en Guayaquil el 12,60%, en Cuenca un 5,86%, en Machala un 14,5% y en Ambato el 7,85%. Las ciudades de la sierra son las que menos pobreza presentan ya que la mayor parte de la pobreza de la serranía está excluida en el campo. En cambio ciudades costeñas, como Guayaquil y Machala, muestran su exclusión en los cinturones de miseria alrededor de esas ciudades, constituida por población fundamentalmente indígena y afrodescendiente.

El gasto social y la inversión del gobierno de Rafael Correa están vinculados fundamentalmente a la renta petrolera

Uno de los recursos básicos de los sectores rurales (indígenas, campesinos y colonos pobres) para lograr su sustento en una economía de sobrevivencia y lograr, por otro lado, un mínimo de excedente que le ayude a comprar materia prima, herramientas, abonos, etc., para así continuar con el ciclo de una economía de autoabastecimiento, es la tierra. Sin embargo como afirma la propia SENPLADES, el suelo sigue en manos de unos pocos ricos en el país:

«El acceso a los recursos productivos sigue siendo muy excluyente. Empezando por la estructura de la propiedad de la tierra, donde un 5% de propietarios concentra el 52% de las tierras agrícolas, mientras que otro 60% de pequeños productores solo son propietarios del 6,4% de las tierras».²⁸

Construir un nuevo país donde no exista una escandalosa desigualdad implica cambiar las estructuras socioeconómicas que lleven a procesos de inclusión en su real dimensión, no solo programas de atención a los sectores vulnerables. El Ecuador del último mandato no presenta un cambio en la estructura económica, ni una inclusión social, pues las políticas de redistribución del suelo y del agua han sido acaparadas por pocos grupos económicamente poderosos. No se han logrado transferir los 2,5 millones de hectáreas durante el período del 2008 al 2013 propuesta inicialmente por el gobierno: tan solo se han logrado distribuir 25.000 hectáreas.

En cuanto a la estructura empresarial, las agroexportadoras monopolizan los procesos de generación de productos hasta el consumo final, incrementando la desigualdad patrimonial: «la estructura empresarial ecuatoriana concentra el 96% de las ventas en el decil de empresas más grandes y el 1% de las empresas controlan el 90% de las ventas según datos del Censo de 2010».²⁹ Lo que ha sucedido en el Ecuador en los últimos años es que los pobres han llegado a estar mejor que nunca, pero los ricos han acumulado también como nunca.

²⁸ R. Domínguez y C. Sara, *op. cit.*, p. 33.

²⁹ *Ibidem*, p. 34.

La desigualdad y la exclusión de los sectores empobrecidos del Ecuador es una realidad que aún continúa: esta llevó a los pueblos indígenas y populares a una constante lucha por recuperar sus tierras. En los primeros años de la década de los noventa, a través del “levantamiento indígena”, los excluidos (Pueblos indígenas, populares y afros), emergieron como sujetos, en una resistencia indígena, negra y popular, por la recuperación de la tierra:

«Las tierras de nuestro continente eran habitadas por miles de pueblos que, a la llegada de los europeos, vieron truncado su desarrollo. La codicia y la voracidad de los invasores nos negó la condición de seres humanos para garantizar la legitimación del etnocidio, genocidio y sometimiento a nuestros pueblos: es decir, considerándolos como algo más de la naturaleza dispuesto a su dominio. Por eso afirmaron que nuestros territorios no tenían dueño, legitimando la invasión, la expropiación y el robo de los recursos naturales en nombre de Dios y de los invasores europeos».³⁰

La movilización indígena de 1992 en el Ecuador traza algunos elementos de la exclusión, que aún continúan vigentes: «invasión que trunca el desarrollo», «legitimación de la exclusión y el exterminio», «consideración de los territorios como baldíos», «extracción y robo de los recursos naturales».³¹

Construir un nuevo país donde no exista una escandalosa desigualdad implica cambiar las estructuras socioeconómicas que lleven a procesos de inclusión en su real dimensión

Algunos gobiernos progresistas del siglo XXI, en América Latina (Lula en Brasil, Morales en Bolivia, Ortega en Nicaragua, Kirchner en Argentina, Mujica en Uruguay, entre otros) y, en el Ecuador (Rafael Correa en el 2006) llegaron al poder acumulando el deseo histórico de liberación, que tienen los sectores indígenas, afros y populares, frente a la desigualdad y exclusión que sufren. Desigualdad y exclusión que son los mayores obstáculos para el *Buen Vivir*.

Hoy, a través de la mega minería (estrategia del cambio de matriz productiva iniciada en el Ecuador por la revolución ciudadana, como se identifica en el Plan de Desarrollo 2013-2017, «que el 80% de los recursos metálicos (cobre, oro, plata, molibdeno y tierras raras) se ubican en la provincias de Zamora Chinchipe y Morona Santiago»)³² se ha propuesto

³⁰ G. Girardi, *Los excluidos ¿construirán la nueva historia?*, Nicarao, Managua, 1995, p. 48.

³¹ *Ibidem*.

³² SENPLADES, *Plan Nacional de Desarrollo para el Buen Vivir 2013-2017*, Quito, 2013, p. 319.

como objetivo de desarrollo: «industrializar la actividad minera como eje de la transformación de la matriz productiva, en el marco de la gestión estratégica, sostenible, eficiente, soberana, socialmente justa y ambientalmente sustentable».³³

Las buenas intenciones expresadas en el Plan de Desarrollo se desvanecen frente a la situación de violencia y exclusión a la que está sometida la población Shuar, que vive en los sectores donde el gobierno ha identificado recursos metálicos:

«día jueves 11 de agosto del presente año, un operativo militar procedió a desalojar a los habitantes de la comunidad de Nankims al sur de la Amazonía ecuatoriana. Este hecho ocurrió debido a que el Estado ecuatoriano concesionó este territorio para explotar el proyecto de cobre denominado Panantza San Carlos a la empresa Corriente Resources, ahora propiedad de las empresas transnacionales chinas CRCC y Tongling en sector de Nankints en una de las minas denominadas San Carlos de Panantza».³⁴

Se han fortalecido los métodos y la tecnología para continuar con la extracción de recursos en este modelo primario exportador en la desigualdad económica, y neocolonial en la exclusión social.

A modo de conclusión

La pobreza es una realidad compleja y su estudio requiere un análisis multidimensional de cada uno de los aspectos en los que se desarrolla la persona y la sociedad pues, más allá de medir el producto interno bruto (PIB) o el ingreso per cápita, como indicadores de crecimiento, hay que analizar la situación del trabajo y del trabajador como generadores de bienes, la transformación de la realidad y la producción de vida. La genuina riqueza no es asimilable al mero crecimiento económico, sino al desarrollo a escala humana y a la potenciación de las capacidades y libertades en la persona.

La desigualdad y la exclusión han operado como instrumentos que refuerzan el sistema de dominación capitalista. Más que un efecto, han sido la causa de la esclavitud y el exterminio en sus puntos más extremos.

En América Latina, así como en el Ecuador, la desigualdad sirve para el mantenimiento de las clases sociales heredadas desde tiempos coloniales y de los grupos económicos oligárquicos que concentran la riqueza en pocas manos. La exclusión se evidencia, además, en el racismo y el sexismo, presente en las formas de participación en la política, en la débil

³³ *Ibidem*, p. 323.

³⁴ Acción Ecológica [en línea], disponible en: <http://www.accionecologica.org/editoriales/1961-2016-09-06-16-05-19>.

inclusión de las culturas y nacionalidades indígenas y los sectores populares en los procesos sociales y económicos de la vida nacional.

El orden constituido no permite el desarrollo de los pueblos en igualdad de condiciones y con inclusión. Todo lo contrario: el orden constituido está vaciando de contenido a uno de los paradigmas que movilizó a la sociedad en la última década: el *Buen Vivir*. Las políticas que generan desigualdad y exclusión, y que llevan a la pobreza, se han convertido en obstáculos para el desarrollo de los buenos vivires en las diferentes culturas.